



EL OFICIO DE HISTORIADOR DESDE LA VOCACIÓN Y EL COMPROMISO INTELECTUAL. CONVERSACIONES CON ENCARNA NICOLÁS MARÍN

Manuel Ortiz Heras

Universidad de Castilla-La Mancha



Recientemente jubilada de la vida académica, la profesora Encarna Nicolás Marín representa la figura del docente e investigador hecho a sí mismo en una universidad de la periferia española y en un contexto agitado por la transición política y social de la dictadura franquista a la actual democracia. Nos encontramos ante una vida intensa, cargada de vocación y esfuerzo intelectual para poner en marcha líneas de investigación en las que ha destacado sobremanera, hasta convertirse en referencia ineludible. En particular, sus estudios sobre las instituciones murcianas en el franquismo y, posteriormente, sus trabajos sobre el exilio de españoles en Rusia, amén de importantes aportaciones metodológicas al estudio de la historia local y las fuentes orales, son algunos de sus principales legados.¹ A eso habría que añadir una condi-

ción humana que le ha granjeado el reconocimiento y la sincera amistad de toda una amplia «escuela» de alumnos, que se han enriquecido con su magisterio y su compromiso personal e intelectual. Sus inquietudes y el ávido interés por seguir estando al día de cuanto se publica se aprecian en las páginas que vienen a continuación.

M.O. ¿Qué fue lo que le llevó a tomar la decisión de ejercer el oficio de historiador? En una Universidad como la de Murcia, estigmatizada mucho tiempo, con escasa tradición investigadora, ¿cuáles fueron sus maestros y referentes?

E.N. Me preguntas qué me hizo decidir inclinarme por la Historia. Fue muy temprano, durante el bachiller. Tuve una profesora excelente, tradicional, la historia con nombres y fechas, que ejerció sobre mí una influencia importante y, además, se ve que mi memoria se educó a partir de los concursos que hacía en clase y que yo ganaba casi siempre [risas]. Aquella profesora me gustó, y por eso yo quería ser profesora de Historia, como así fue. Luego tuve en la universidad muy poca suerte, a pesar de las clases de algunos buenos profesores, pero no se puede decir que fueran maestros que me indicaran o me sugirieran fuentes, ni me dijeran cómo se hacía un trabajo de investigación. Sin embargo, recuerdo con cariño a profesores como Luis





Navarro, de Historia de América, o a Antonio Bonet Correa, porque de Murcia se decía que era un trampolín para pasar a obtener cátedras en otras universidades más importantes. Bueno, yo me beneficié de ese trampolín, y gracias a eso pasaron por allí algunos profesores que me dieron otra perspectiva, frente a la mediocridad general. Y fuera de la facultad conté con la ayuda importantísima de un catedrático de Historia de la medicina, Pedro Maset, que me despejó el camino de la investigación en la tesis de licenciatura y en la tesis doctoral. Y también María Teresa Pérez Picazo, por los debates sobre libros recién adquiridos en París en sus numerosos viajes. Luego, fuera de Murcia, en la Fundación de Estudios Marxistas conocí a mucha gente, en particular, a María Carmen García Nieto, que era como una «red social». Cuando conocías a María Carmen, conocías a partir de ese momento a todos sus amigos historiadores. Entre ellos estaba Juan Sisinio Pérez Garzón, con el que a partir de ese momento inicié y mantengo una profunda amistad. Fue una gran aventura, de buscar fuentes, de dialogar sobre la metodología. María Carmen era una persona muy hospitalaria, y en su casa conocí a Pierre Vilar, Fontana, Tuñón, Giuliana di Febo, entre otros. Asistí a los Coloquios de Pau y participé en el último. Pero la persona que más me impresionó de los que conocí en la Fundación de Estudios Marxistas fue Juan José Carreras, catedrático de historia contemporánea de la Universidad de Zaragoza, que fue para mí el maestro que no había tenido. Y le dije: «¿me vas a adoptar de discípula?». Tuve otros referentes, pero no imprimieron tanto carácter en mi formación. Reconozco mi deuda con David Ruiz, catedrático en la Universidad de Oviedo, que aceptó sin dudar la dirección de mi tesis, cuando ningún profesor de mi departamento quiso tutelarme, pues temían que mi trabajo estuviera «impregnado de la ideología comunista». Algunos profesores de otras facultades

se ofrecieron a dirigirme si no encontraba director de mi área. David me ayudó a distancia y sin medios, no como ahora, con todos los recursos posibles para la conexión. Nos solíamos ver en Madrid de vez en cuando. Una anécdota de Juan José Carreras: acostumbraba conversar con los doctorandos el día antes de la defensa de la tesis. Me transmitió tantas críticas que le dije que no iba a defender la tesis, porque muchas de las cosas que me decía las asumía. Y entonces me dijo: «¡que no!, que nunca le había ocurrido eso». Bueno, entonces me tuvo que convencer de que la tesis estaba bien y que iba a ser importante. Ejerció sobre mí una gran influencia y trabamos una fuerte amistad.

M.O. ¿Qué dificultades encontró en aquella universidad para investigar sobre el franquismo, como mujer y como intelectual comprometida en la transformación de la realidad sociopolítica?

En la universidad de Murcia, durante la etapa de estudiante, existía una leve contestación contra los malos profesores; tuve algunos problemas, pero no como otros compañeros que fueron expedientados. Nada más terminar la carrera encontré trabajo en la enseñanza media. Durante cuatro cursos estuve en un colegio que regentaban los jesuitas en un centro con finalidad social: enseñar a los hijos de los obreros. Estaba a las afueras de la ciudad, en el municipio de Alcantarilla. Fue una experiencia estupenda. Había una sección de bachiller, y a los licenciados que empezamos a ser críticos con la Compañía nos despidieron, y se quedaron solo con los maestros. Aproveché el paro para hacer la tesina. Para eso me ayudó un profesor, bueno, en realidad se limitó a firmarla, porque en verdad la ayuda la obtuve del catedrático de Historia de la medicina. La tesina abordaba las elecciones municipales del 12 de abril de 1931, es decir, el inicio de la Segunda República. Y la defendí en el verano de 1975. Y cuál fue mi sorpresa cuando me encon-





tré como presidente del tribunal a Juan Torres Fontes, prestigioso medievalista, que llegó a comentar «que mi tesina no sabía cómo juzgarla, porque en realidad, sí estaba bien, pero eso no era historia, era periodismo». Yo pensé, «este me va a suspender», pero la calificación fue la máxima. Yo me temía que no sería bienvenido mi trabajo, pues no se había investigado hasta ese momento sobre la Segunda República, lo que me animó después a dirigir trabajos sobre el periodo republicano. Destaco sobre todos el que hizo Carmen González, más tarde compañera en el Departamento, acerca de la gestión municipal republicana en Murcia.² Unos años después ocurrió un grave incidente a raíz de la publicación de mi comunicación sobre la historiografía murciana, presentada en el X Coloquio de Pau. Y tan crítica estaba yo entonces [risas] que dije todo lo que se me ocurrió de los malos historiadores, que yo consideraba malos historiadores, frente a los que eran buenos: María Teresa Pérez Picazo, por ejemplo, que no estaba en la facultad. Estuve a punto de ser expedientada. ¡Menos mal que la suerte me acompañó! El equipo dirigente de la Facultad era progresista, y echó tierra al asunto. Se convocó una junta extraordinaria porque me acusaban de hablar mal de un profesor que había sido muchos años decano de la Facultad de Letras (1944-1974) e importante persona del régimen en Murcia, Luciano De la Calzada, catedrático de Historia Contemporánea, y yo criticaba su pobre historiografía y, claro, eso molestó al profesorado conservador de la Facultad.

Se convocó una plaza de Profesor Ayudante y la solicité, pero la comisión de contratación estaba presidida por el mismo profesor que había presidido el tribunal de mi tesina, y yo pensé «Allí no entro». Transcurrieron meses hasta que me comunicaron que yo había sido seleccionada para la plaza. Después, solo he tenido que sortear problemas con el acceso a las fuentes

[M.O.: A eso me iba a referir. Con el tema de las fuentes, sí me consta que tuviste ciertos problemas para acceder a la documentación de la universidad fundamentalmente]

E.N. Bueno, a todos los archivos. Mi motivación para la tesis doctoral fue política, claramente. Yo entonces era militante antifranquista, pero quería ser historiadora y estaba convencida de que desde la ideología de izquierda se hacía mejor historia que desde la mentalidad conservadora. Así lo pensaba en los inicios. Tras la muerte de Franco empecé a pedir permisos para entrar en los archivos del Ayuntamiento, de Hacienda, del Gobierno Civil, etcétera. En Hacienda, precisamente, me «mandaron a mi casa», «¿usted qué busca aquí, en el catastro de rústica? Usted lo que debe hacer son sus tareas domésticas». Esa fue la primera y última vez que escuché tal discriminación. No esperaba tener dificultad en mi propia universidad, pues le dediqué un capítulo de mi tesis, y no me dejaban ver ni los libros de registro de toma de posesión, ni los legajos guardados en un local en el que los documentos corrían peligro por la humedad. También ocurrió años después, cuando dirigí una tesina sobre la investigación histórica en la Facultad de Letras. A la investigadora le ocultaban parte del documento con «post-it», con adhesivos, para que no viera el resto. Una muestra del exceso de celo de las personas que guardan los documentos, que tenía que ser todo lo contrario. Pero las trabas de entonces no tienen nada que ver con las de ahora. Es que ahora, con tanta legislación en contra del acceso a los documentos, que si el derecho de la propia imagen o la ley de secretos, por una u otra cosa, como bien sabes, se acumulan los obstáculos. Se acaba de hacer público el libro «El acceso a los archivos en España», dirigido por González Quintana, Galvez Biesca y Castro Bermejo, y publicado por las fundaciones I.º de Mayo y Largo Caballero, donde se aprecia esta dificultad que ningún go-





bierno, ni la llamada Ley de Memoria de 2007, han resuelto. En el archivo del Registro de la Propiedad estaba vigilada. La registradora de la propiedad, por ejemplo, me cobraba por cada registro que tomaba de empresas, con lo cual tuve que escribir a la Dirección General del Notariado en Madrid, y me devolvió el dinero, en contra de su voluntad. Bueno, en realidad dificultades las he tenido, pero hasta en la última tesis que he dirigido sobre el Patronato de Protección de la Mujer, donde a la investigadora, en el archivo regional, no le daban acceso a los nombres de las mujeres que estaban en el registro, por si acaso alguna prostituta se quejaba, pues tenía derecho a su propia imagen, y aquello me pareció demencial; si no tienes los nombres, repites, no sabes durante cuántos años aparece en los registros la misma persona, el nombre concreto no interesa en un estudio de carácter sociológico. No había forma de razonar con el director del archivo sobre el objetivo de la investigación.

Un caso sobresaliente es el que todavía se da con la Fundación Francisco Franco. En su día, el historiador que con más fuerza denunció la situación fue Javier Tusell. Llegó a escribir en *El País* un artículo impresionante sobre la situación de esa documentación, perteneciente a un jefe del Estado, que estaba en manos privadas, y que solo pudieran acceder a sus fondos algunos historiadores como Ricardo de la Cierva o Luis Suárez, y desde entonces creo que no ha mejorado mucho, siendo muy probable que parte de esos materiales se haya perdido o destruido.

M.O. Como especialista en el estudio de la dictadura y pionera en algunas de sus líneas de investigación: ¿Qué destacaría de los estudios recientes del franquismo que hayan supuesto un significativo avance para su conocimiento?

E.N. En los últimos años se han publicado trabajos innovadores que, además, refuerzan tendencias ya iniciadas. Destacan, sobre todo,

los que abordan las actitudes políticas de la sociedad, el consenso o la adaptación durante la dictadura, pero sigue siendo importante ahondar en trabajos como la represión, la coerción o el control, de lo que no sabemos tampoco tanto. Veremos qué cambia cuando tengamos más fuentes, por ejemplo, con respecto al exilio. Yo recuerdo que en el AGA (Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares) tuvimos muchísimos problemas por la aplicación estricta de la legislación. Yo le decía a la directora que teníamos los permisos de los propios «niños» hispano-rusos y, en cambio, no podíamos ver su documentación. Es decir, que hay temas que todavía se pueden mirar de nuevo, ampliar, rectificar, eso no es revisionismo, es actualización, y, bueno, yo creo que, además, ahora que ha salido un libro importante, que lo diriges tú, que se titula *Qué sabemos del franquismo*,³ en el que todos los capítulos presentan un estado de la cuestión de diversos temas, eso parece demostrarse. Yo remito a ese libro para evitar dar nombres. Y creo que libros como esos son necesarios, y seguir investigaciones que no se habían abordado o solo por especialistas en Historia de la medicina, como, por ejemplo, el problema de la salud y su atención, o la previsión social; esas investigaciones que en tu grupo de investigación estáis llevando a cabo son de mucho interés en la Historia social, ya que nos permiten profundizar y descubrir nuevas perspectivas.

M.O. ¿El estudio de las instituciones en el franquismo está ya cerrado, o entiende que quedan asuntos por abordar a partir de nuevas fuentes o perspectivas metodológicas?

E.N. Hay que seguir trabajando sobre las instituciones, porque, como aprendimos de Pierre Vilar, «Las instituciones fijan a los hombres», ya que siempre las leyes y el poder están precisamente en las instituciones, y a eso hay que añadir su relación con la sociedad y con los grupos





sociales que acceden o no a esas instituciones, que sufren y aceptan, o no, a esas propias instituciones, y por eso hay que ahondar en estas temáticas todavía

(M. O.: Tal vez lo que no se ha producido todavía suficientemente es una revisión metodológica, es decir, no seguir con planteamientos de una clásica historia política, sino con otras miras que nos permitan seguir investigando los gobiernos civiles, ayuntamientos, sindicatos o fuerzas y cuerpos de la seguridad del Estado, pero con una perspectiva innovadora, porque, tal vez, se ha dado una cierta parálisis y abandono de la cuestión sin que, ni mucho menos, el tema se pueda dar por agotado).

E.N. Por supuesto que no está cerrado este campo de trabajo. Yo recuerdo que en 1985 se celebró el primer Congreso del franquismo en Valencia, donde presenté una ponencia sobre las instituciones y la necesidad de abordar su investigación. Aquella intervención no tuvo mucho éxito con el propio Fontana, porque, a él, estos enfoques no le interesaban mucho, él atendía más a la historia económica, por su propia especialización, y sin avisar, decidió no publicar mi texto en el libro de las ponencias, lo cual me sorprendió. En una de las sesiones tuve un debate interesante con Javier Tusell, gran historiador, que sostenía que el régimen franquista nunca llegó a institucionalizarse y yo se lo discutía, porque el régimen utilizaba las instituciones existentes, imprimiéndoles un sesgo dictatorial. Aquella discrepancia se produjo en un salón de actos abarrotado de congresistas, la mayoría jóvenes, que asistían con mucho interés a aquel primer Congreso del franquismo. Han pasado los años, pero creo que sigue siendo muy necesario el estudio de las instituciones y que se conserven las fuentes porque hay un problema curioso, y es que cada dirigente político, responsable del ente en

el que gestiona, se lleva a su casa las carpetas de la documentación que se ha generado, y entonces nos deja sin un material de trabajo básico. Esto, desgraciadamente, lo hemos comprobado ya muchas veces con alcaldes, como uno de Murcia, que se llevó toda la correspondencia y solicitudes que le habían hecho llegar las asociaciones vecinales, con lo cual nos deja ante el reto de afrontar una investigación de este tipo si el máximo responsable de la institución al que se le pidió permiso para acceder a dicha documentación es el que se apropia de materiales tan importantes con el argumento de que iban a su nombre. Por estas cosas, entre otras, hay que seguir investigando para preservar un bien tan preciado para la reconstrucción del pasado reciente.

M.O. Hablemos de la función social del historiador y de su compromiso con los valores democráticos. Se trata de un asunto capital, desde mi punto de vista, que, en gran parte, me inculcste tú misma. ¿Cómo reivindicaría hoy el papel de la Historia en la sociedad, teniendo en cuenta que en los inicios de su trayectoria llegó a militar en una organización política como era el PCE?

E.N. Durante la fase final de la dictadura caminaba con los militantes del PCE en Murcia. Primero había militado en la JEC, Juventud Católica de estudiantes, porque en esos momentos era todavía católica, y allí conocí a gente que destacaba y que, en algunos casos, fue expedientada por pertenecer al incipiente Partido Comunista en Murcia. Me propusieron entrar a formar parte del grupo y acepté. Entonces yo pensaba que tenía una gran función social como historiadora, y estaba totalmente convencida, cambié de fe (risas). Me preguntaba cómo había sido posible que la dictadura hubiera durado tanto tiempo, y la hipótesis que me planteaba centraba la causa en la represión, en la coerción, lo que me condujo a buscar con ahínco los nuevos efectivos de control que se





habían implicado en esa labor represiva. La sorpresa fue mayúscula, porque descubrí que apenas había habido aumento en policías o guardias civiles. El planteamiento era demasiado esquemático, porque lo que buscaba no aparecía, y entonces había que darle una vuelta y tratar de encontrar otras cosas, otras respuestas. Así es cómo se van modificando las tareas investigadoras con pruebas que contradicen tus puntos de vista, pero lo dices, lo escribes, y tienes que desviarte por otros recorridos. Llegas a la conclusión de que el franquismo duró mucho porque había aceptación, la gente no estaba tan disgustada, o porque tenía una colaboración muy importante que le venía de la Iglesia. Investigando esta institución, precisamente, tuve mucha suerte con la documentación sin clasificar que se guardaba en un sótano de la secretaría del obispado, pero también algún pequeño problema que casi me cuesta enfermar, ya que estaban permanentemente acechando mi trabajo. Encontré la correspondencia del obispo con las autoridades militares y políticas, que me vino fenomenal para reproducir la relación entre el poder eclesiástico y el político y no «inventarme» esa interpretación, porque estaba todo plasmado: al obispo, la institución de turno le ofrecía una terna y él escogía a la persona de su gusto para detentar el cargo de alcalde, presidente de la Diputación, etcétera. Además, contenía datos sobre el recuento de presos, conversos a la religión, de aquellos que habían recibido el sacramento de la confesión antes de sufrir la pena de muerte, en fin, todo eso fue muy importante. Después, la Iglesia cerró el acceso a sus archivos privados. Recuerdo, en este punto que Cuenca Toribio, gran especialista en historia de la Iglesia, me decía que él lo había intentado sin éxito en Córdoba. En definitiva, tienes motivaciones, quieres cambiar cosas y contar cómo han sido, pero te encuentras con muchas dificultades. Nuestra tarea implica ser intelectualmente honestos, y esa es la mejor función social, alejada de la propaganda y

sin dirigir la investigación hacia un final deseado, o aprovecharla como uso público, como denunció en un congreso Juan José Carreras –Los usos públicos de la Historia–.⁴ Si no te sirven las fuentes para algo previamente concebido, asume las conclusiones y explícalo sin dudas y reconoce que te has equivocado, llegado el caso. Esa es nuestra mejor función social.

(M. O. Al oírte me ha venido a la mente el sexenio de transferencia –la transferencia del conocimiento a la sociedad– que ha puesto en marcha ANECA. Decía, con razón, Paul Preston, que los historiadores españoles se han manejado normalmente, aunque las cosas van cambiando poco a poco, con un lenguaje abstruso que es poco menos que ininteligible para el público en general. Ese problema de divulgación, que no tienen los ingleses, contribuye a que los libros de historia en España tengan poca y mala acogida y se lean escasamente. Qué puedes comentar al respecto).

E.N.A. a mí me parece bien esta iniciativa, pero lo que no me parece tan adecuado es que estas actividades tengan que ser recompensadas con algún «premio». En un principio, además, los sexenios no parecía que fueran a tener el recorrido que han consolidado a la postre. Poco a poco nos fuimos dando cuenta de lo importante que eran y la trascendencia de publicar y hacerlo en las mejores revistas y editoriales posibles. En este punto, la transferencia de conocimiento es fundamental, pero si se convierte en un sexenio podemos reproducir errores. A mí me han invitado a participar en entrevistas en la radio, por ejemplo, pero cuando me han querido convertir en un colaborador estable me he negado, aunque he seguido atendiendo sus llamadas. En todo caso, si hay algo que comunicar lo tenemos que hacer, sobre todo, para que todos los propagandistas que se aprovechan espuriamente del uso de la historia queden descubiertos.





M.O. La memoria histórica, ese oxímoron que definió el profesor Juan José Carreras, ha generado un importante debate en España, ¿cómo valora la gestión de la memoria por parte de los poderes políticos?

E.N. A mí me impresionó mucho el debate que tuvieron los franceses, pioneros en esta cuestión, a comienzos de los años noventa y que se publicaron en la *Revue del Institut d'Histoire du Temps Present* (IHTP), en concreto en un homenaje que se le rendía a François Bédarida. De su lectura aprendí mucho, porque solían invitar a colegas de otras ciencias sociales a sus debates. En uno de ellos me impresionó Paul Ricoeur, y aprecié su advertencia sobre la presión social que sufrían los historiadores porque tenían que recordar el pasado cercano, y eso servía como una tentación de ponerse del lado de las víctimas y que el duelo empañara la tarea investigadora. En ese sentido no era positivo para la historia del presente por lo que sugería tomar distancia y, en todo caso, hacer memoria de todo. En España, este debate llegó mucho más tarde, con los trabajos que se empezaron a plantear el recuerdo de las víctimas de la guerra civil de 1936, que todavía no están enterradas dignamente, la suspensión de las excavaciones y que no se salden todas esas circunstancias de una vez por todas con la ayuda del Estado. Nuestros responsables políticos no están gestionando la cuestión de manera apropiada. La llamada Ley de Memoria tuvo cosas interesantes, pero también dejó cosas pendientes, como, por ejemplo, la situación de los archivos o la falta de dotación presupuestaria. La que ahora se está implementando, aunque todavía no tengo criterio fundado, me temo que tampoco va a tener mucho éxito. Recuerdo ahora una frase de Juan José Carreras que solía repetir en los congresos con mucha razón y que parece premonitoria: «no tendremos un estado democrático sólido hasta que no se saquen los restos de Franco del Valle de

los Caídos y este se destine a otra función». En Alemania no ha ocurrido esto con Hitler, o en Italia con Mussolini, ni en otros países con ningún dictador ocupando un lugar de memoria privilegiado una vez depuestos.

(M. O. Para terminar con este asunto, creo que merece la pena recordar las diferencias que has llegado a tener con algunos movimientos memorialísticos. A estas asociaciones, que merecen un importante reconocimiento por su enorme aportación, desde que en 2000 apareciera la primera AHRMH en el Bierzo, hay también que plantearles las diferencias de criterio que nos separan como historiadores, aunque, obviamente compartamos muchos objetivos. ¿Cuál ha sido tu experiencia?).

E.N. A mí me han invitado en varias ocasiones a colaborar, e incluso a ocupar un puesto dirigente, pero siempre he declinado, porque aunque admiro la tarea que llevan a cabo, teniendo en cuenta que el Estado no ha asumido su responsabilidad, no quería participar en el duelo, ya que pensaba que mi tarea era acompañar en ese duelo, pero también en lo contrario, es decir, tomar una postura más crítica y decir que también habían pasado otras cosas a su alrededor, porque durante la época republicana también se produjeron muchas atrocidades que había que explicar, y todo esto no es fácil de admitir en una asociación. Esto es lo que permite que los propagandistas tengan *quorum* y que difundan y vendan sus publicaciones.

M.O. Como pionera en el uso de las fuentes orales, con conexiones tan destacadas como M.^a Carmen García Nieto y el seminario que organizó en Ávila, ¿cómo entiende que todavía haya colegas que las repudian, a pesar de las magníficas aportaciones que su utilización ha sido capaz de configurar?





E.N. En aquellos seminarios de Ávila se debatía mucho sobre la metodología y la pertinencia del uso de las fuentes orales. Las condiciones que se establecían para su correcta utilización eran básicamente dobles: en las entrevistas son tan importantes el entrevistado como el entrevistador. Es decir, depende mucho de las circunstancias en las que se hacen las preguntas, de qué cuestionario hagas, del momento en el que se hacen las grabaciones de esas historias de vida, etcétera. La crítica a las fuentes orales se debe de hacer como con el resto de materiales que usamos, incluidos, por supuesto, los escritos que siempre parecen como los únicos posibles recursos para el conocimiento histórico. Se trata de una fuente más, y no entiendo las reservas. En todo caso, hay que admitir algunos problemas que plantea su práctica. Me refiero, por ejemplo, al caso de esos entrevistados que te llaman para preguntarte cuándo y dónde sale su entrevista, porque estas cosas te pueden condicionar en tu trabajo. No es fácil sortear estas trabas, porque luego, en tu publicación, esa entrevista aparece apenas en una frase dentro de un conjunto, o simplemente un resumen reelaborado que recogía las ideas fundamentales del testimonio. Recuerdo, en este sentido, algunas conversaciones con Miguel Artola, que estuvo en el tribunal de mi tesis doctoral, en congresos posteriores, donde trataba de convencerme de manera reiterada de los problemas de las fuentes orales y de la conveniencia de utilizar otros recursos en detrimento de estos, porque, concretaba, «¿uno que está en una trinchera es el que más sabe de la guerra civil española?», y, como se ha demostrado con trabajos posteriores, la utilización de las cartas de los soldados, por ejemplo, ofrece posibilidades muy interesantes que, sin duda, enriquecen sobremedida el conocimiento de la cuestión, sus percepciones, sus sentimientos y preocupaciones, etcétera. Con todo, no vamos a convencer a algunos de que nuestro

trabajo con estas fuentes no nos convierte en periodistas, en el sentido más despectivo del término, o en dramaturgos.

M.O. Aunque su obra no sea demasiado dilatada, sobre todo para lo que encontramos ahora, cuenta con aportaciones imprescindibles que siguen siendo puntos referenciales inexcusables y ha sido capaz de configurar una auténtica escuela con autores y trabajos imprescindibles. ¿Ha sido complejo lanzar esa línea desde la periferia murciana?

E.N. En realidad, desde que fui profesora titular, empecé a dirigir muchísimas tesinas, un trabajo muy intenso, pero a la vez muy gratificante, porque veías que con toda aquella gente tan joven se podían obtener resultados muy interesantes sobre temas apenas investigados. Además, entre todos fraguamos una intensa amistad y afecto, cosa que también es muy importante en nuestro trabajo. Aquello fue una experiencia muy enriquecedora, que dio paso a muchas tesis doctorales, hasta dieciocho. Pero sinceramente no había intención de lanzar una determinada línea de investigación. Desde luego, yo no pensaba en eso, lo que quería es que esos doctorandos se formaran bien y pudieran tener acceso al mercado laboral con la mejor preparación posible. Esa era mi fijación. Algunos se quejaban de mi exceso de celo en las correcciones de los trabajos, porque esa era mi principal preocupación. Luego ya, con Carmen González, con la que he compartido una aventura apasionante de búsqueda del conocimiento histórico, formamos un equipo que dio lugar a muchas publicaciones. Desgraciadamente, su desaparición, hace ahora un año, ha dejado algunas cosas truncadas. Formamos un seminario, tal vez un poco pretencioso a priori, internacional, de escritura de la Historia, al que invitamos a varios colegas, como Paul Preston, que fueron tremendamente positivos para todo el grupo. Esto nos ha dado la posibilidad de estre-





char los lazos de amistad y afecto, cuestión que valoro mucho en nuestro trabajo y que nos ha permitido aprender unos de otros.

M.O. La historia del presente ha nacido y crecido con su obra. ¿Cuáles cree que han sido sus principales aportaciones y, particularmente para el caso español, en qué medida ha alterado el trabajo de los contemporaneístas?

E.N. Yo, sin haberlo programado, me propuse hacer una tesis doctoral atrevida, sobre un régimen que apenas había visto la desaparición de su principal dirigente y fundador, y la gente se escandalizaba, porque estaba todo muy reciente. Sin embargo, yo pensaba en buscar los documentos para que no se destruyeran, como luego comprobaron que había ocurrido, por ejemplo, con los fondos del Gobierno Civil en Murcia. En realidad, yo no tuve acceso a esa documentación hasta la llegada de una gobernadora del PSOE, la primera mujer en ejercer ese cargo, y gracias a su comprensión pude hacer las consultas, aunque había muchas reservas. Los primeros días siempre tuve un vigilante sentado a mi lado. La consulta de los documentos permitió confirmar muchas hipótesis que había concebido, porque muchas cosas las había vivido. Eso es importante, porque tomas contacto con la fuente, aunque luego otras informaciones puedan mejorar y completar las primeras valoraciones. Lo decía el propio Julio Aróstegui en aquel libro sumamente importante, a pesar de su enorme complejidad.⁵ Las enseñanzas y la honestidad que transmite esa publicación son magníficos para que las nuevas generaciones aprecien correctamente el valor de este tipo de investigaciones, que se podrán ir puliendo a medida que se abran los archivos o se vayan publicando los resultados de asuntos paralelos que enriquezcan nuestros puntos de vista originales. Mira, yo estaba un día en el despacho que me asignaron para trabajar en el Gobierno Civil, viendo un expediente que se

le había hecho a un funcionario por su homosexualidad. Llegó por allí un señor que había sido funcionario, se me acercó y me dijo, «qué está usted haciendo aquí», y vio el expediente. Al día siguiente ya no estaba el expediente. Me enteré de que ese señor había tramitado dicho expediente. Yo había extraído ya la mayor parte de la información del legajo. ¿Y qué conclusión sacamos? Pues que se ocultaban determinados asuntos o legajos comprometidos. Y que nunca aparecerán esos documentos, te lo aseguro, porque ese documento ya se encargó ese exfuncionario, como visitante asiduo, de ocultarlo, pues no quería que se supiera que él lo había tramitado. Hay reservas, hay problemas ¡claro! Hay que considerarlos, y ya está. Y es tan lícita la historia del presente como la de otros siglos o la de otros momentos. Así aprovechamos el impulso, la motivación, que es esencial

[M.O.: Ahora hay más sensibilidad por parte de la sociedad en general por acercarnos a los temas del presente. En España eso parece una obviedad. Hay tantas cosas que ahora nos acucian, que tienen que ver con lo que ha ocurrido en los últimos cuarenta años, que es sorprendente cotejar los programas de los estudiantes de 4.º ESO y 2.º Bachillerato, digo esos dos cursos porque es donde estudian la Historia Contemporánea y comprobar hasta dónde llegan. Y es trágico, no estudian apenas la guerra, desde luego la dictadura, y ya qué vamos a decir de la Transición. Entonces, nuestros estudiantes no saben quién es Adolfo Suárez, Santiago Carrillo, *La Pasionaria*, en fin..., la idea que tienen de CCOO como movimiento, no solo como sindicato, ni idea, absolutamente nada. Es difícil de entender la cuestión catalana, sin ir más lejos, tomar partido por lo que está ocurriendo. Ya digo que están cambiando las cosas, pero a un ritmo muy inferior al que sería necesario].





Estoy de acuerdo, creo que hay que seguir haciendo Historia del Presente y, sobre todo, llevarla a los libros de texto de esos cursos y que tenga un espacio importante. Artola hizo una cosa buena, que fue introducirla en la última modificación del plan de estudio de Historia en la Universidad, aunque luego vinieron las luchas departamentales y complicaron un poco el objetivo. A ver cómo dividimos las asignaturas y cómo las distribuimos fue la principal preocupación, totalmente demencial, porque se repiten conocimientos en algunas asignaturas. En fin, no cumplió el objetivo programado de hacer esa Historia Actual. Pero es fundamental que los alumnos conozcan el pasado más cercano.

M.O. Después de más de cuatro décadas de recuperación de las libertades democráticas ¿Cuáles son las principales amenazas que acechan a la todavía joven democracia española en la actualidad? Populismo, nacionalismo, neofascismo, etcétera. Como historiadora, ¿cómo se puede explicar el revival nacionalista que estamos viviendo desde hace unos años? ¿Guarda alguna relación con la globalización? ¿Cómo se contempla, treinta años después, la caída del muro con todo lo que supone de la crisis del paradigma socialista y las tesis de Fukuyama sobre el fin de la historia?

E.N. Voy a responder un poco en conjunto. No creo como historiadora que la situación actual amenace más a la democracia que en otras épocas. Es decir, ha habido momentos muy graves cuando se estaba en construcción, durante la Transición o post-Transición, los intentos de golpe de Estado, por poner un caso. En fin, ha habido momentos peores que amenazaban más al Estado. Efectivamente, las posiciones más conservadoras, o las más izquierdistas, son las que se ponen de ejemplo como las que amenazan más. Pero, bueno, a veces todo depende de los juegos parlamentarios, de los equilibrios parlamentarios más

que al hecho de que existan esas organizaciones, que como tales no amenazan, a no ser que realicen actos que estén prohibidos en la legislación, como pasa en Alemania o en otros países en los que ensalzar a dictadores puede ser penalizado. Ese no es nuestro caso, por lo tanto, esas asociaciones o esos populismos están ahí, de derechas o de izquierdas, y eso hay que digerirlo también en la democracia. O sea, que son expresiones, cauces que la sociedad civil ha mantenido con buen criterio. Porque si no se votan esos partidos populistas o de extrema derecha no estarían representados. Por tanto, quedan los partidos políticos, y siempre opinábamos a favor de la existencia de cauces para la expresión de la sociedad civil. Yo en ese sentido no creo que haya más amenazas ahora que en otros momentos. Es verdad que ha sido muy importante en el caso de la crisis del socialismo, la caída de la URSS, hay que tener en cuenta que el influjo del marxismo ha sido esencial para muchos historiadores. La caída del muro de Berlín o el derrumbe de la URSS creó una inquietud: «¿y ahora qué ocurrirá?». Recuerdo que estábamos en un coloquio de la Asociación de Historia Contemporánea en Zaragoza, organizado por todo el grupo de Juan José Carreras, en noviembre de 1989, fecha del derrumbe del muro. A Juan José se lo rifaban las radios, la televisión, porque querían saber su opinión. Vivimos aquellos momentos con suma intensidad. Cómo iba a ser la unión que ahora hace treinta años se inició, la unión de las dos Alemanias. Pues iba a ser, como decía Juan José, desigual, como premonitoriamente acertó a sugerir. Pero, bueno, la presidenta actual es de la Alemania oriental, se había formado en la RDA. O sea, que no hay así cosas absolutas como para decir: esto empeora o mejora. A veces, hay propuestas metodológicas que te atrapan mucho y que te hacen ver el pasado de una forma determinada. A mí me ocurrió en muchas ocasiones, por ejemplo, para mí fue una





revelación leer el artículo de Pérez Ledesma y Álvarez Junco sobre las revoluciones proletarias;⁶ o el capítulo de Pérez Ledesma sobre el proletariado revolucionario.⁷ Me parecían textos críticos fundamentales, que siempre daba a leer a mis alumnos, incluso en mi último curso. A pesar de tener una visión de la historia desde abajo, había que aplicar la crítica al mismo tiempo. «Oye, ¿los proletarios fueron los que hicieron la revolución, o los artesanos, o quiénes eran?». En fin, evitemos ponerle categorías a la realidad pasada, o que las categorías estén antes que la realidad. O «domesticar al pasado», una frase de Tony Judt que me encanta. No podemos domesticar el pasado con toda su complejidad, aunque a veces hayamos tenido la tentación. Creo que lo que podemos transmitir como historiadores es que tengamos un método, tengamos conceptos, pero que no nos quedemos atrapados en ellos. Quizá esto puede ser una terapia que nos debemos aplicar y explicar a los alumnos.

M.O. No hay ahora, tal vez, una influencia clara de hispanistas como en etapas relativamente recientes, pero ¿hemos superado el complejo de inferioridad de nuestra historiografía con respecto a otros países? A partir de su propia experiencia y la del grupo que dirige con investigaciones y publicaciones sobre el exilio en Francia y en la URSS, o la historia comparada entre España y Chile en sus transiciones, ¿en qué medida ha cambiado el perfil de las preocupaciones del gremio sobre el ámbito internacional?

E.N. Hay menos complejo de inferioridad. Un ejemplo es Julián Casanova, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, un gran historiador que sabe expresarse en lenguas extranjeras, ahora contratado por la Universidad Europea de Viena. Hemos tenido historiadores hispanistas que nos han ayudado, porque como a ellos sí les dejaban entrar en algunos archivos y a nosotros no, podía-

mos seguir sus huellas. Tengo una gran amistad con Paul Preston, un gran hispanista, que nos ha ayudado muchísimo, porque es una persona generosa. Cuando estaba al frente del Cañada Blanch, invitó a profesores, a investigadores y a nuestros becarios. Y eso para unos chavales de Murcia, irse a la London School a pasarse allí tres meses o seis meses, depende de la beca que tuvieran, pues eso era cambiarle su vida. Y sobre todo abrirles expectativas de que no se acaba su trabajo en el archivo de su pueblo. Que no está mal, pero no es suficiente. Ese grupo de becarios, que formaban parte de proyectos de investigación, perfeccionaban idiomas y maduraban profesionalmente. Hasta han podido hacer una tesis en archivos rusos. Como el caso de Magdalena Garrido,⁸ y pueden hablar, leer los letreros de las calles de Moscú ¡y pueden enfrentarse a los archiveros solicitando lo que está en el catálogo!

Ahora mismo, yo estoy colaborando con un proyecto con investigadores jóvenes. El proyecto, que dirige Alicia Alted, aborda la ayuda humanitaria en la segunda postguerra mundial, sobre todo en el caso de Francia.⁹ Pero hay participantes que saben alemán y van a los archivos suizos o de Berlín, franceses, o a los archivos ingleses. Y es una delicia estar con ellos en las puestas en común y ver cómo se adelanta el trabajo. Ahora mismo se ha suspendido con lo de la pandemia, pero seguro que se prorroga.

M.O. Para concluir, ¿cómo explicaría su dedicación profesional a la Historia y su labor como profesora universitaria a partir de su propia experiencia vital?

E.N. He disfrutado muchísimo de las dos facetas, de la investigadora y de la docente. He disfrutado mucho yendo a los archivos, con todas las tensiones, algunas veces con problemas, como ya he explicado. ¡una vez tuve que ir al hospital a que me hicieran un estiramiento de las cervicales ¡de la tensión y de la humedad





que soportaba en algunos archivos!, pero yo aquello lo disfrutaba muchísimo. A veces con contrariedades, como que había que hacer eso, por aquello que decías de la función del historiador, una función de honestidad intelectual. Si tenemos que hacer eso, tenemos que hacerlo no por los méritos docentes, sino porque es nuestro trabajo. Luego, si te dan puntos porque has hecho bien tu trabajo, estupendo, pero no hacerlo por los puntos, creo yo. Cuando lo pasas bien con tu trabajo transmites mejor el saber. En suma, he disfrutado en la dirección de trabajos, un montón de tesinas y dieciocho tesis doctorales. Y he aprendido mucho, la verdad. Es un placer para mí y una gran satisfacción que estas preguntas para la revista Historia del Presente me las haga un colega que fue uno de mis mejores alumnos y ahora catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Castilla-La Mancha.

NOTAS

- ¹ NICOLÁS MARÍN, Encarna, *Instituciones murcianas en el franquismo, 1939-1962. Contribución al conocimiento de la ideología dominante*, Editora Regional, Murcia, 1982. Con ALTED, Alicia, *Los niños de la guerra de España en la Unión Soviética: de la evacuación al retorno (1937-1999)*, Fundación Largo Caballero, Madrid, 1999.
- ² GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Carmen, *La gestión municipal republicana en el Ayuntamiento de Murcia (1931-1939)*, Ayuntamiento, Murcia, 1990.
- ³ ORTIZ HERAS, Manuel (coord.), *¿Qué sabemos del franquismo? Estudios para comprender la dictadura de Franco*, Comares, Granada, 2018.
- ⁴ FORCADELL, Carlos, FRÍAS, Carmen, PEIRÓ, Ignacio y RÚJULA, Pedro (coords.), *Usos públicos de la Historia. VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2002.
- ⁵ ARÓSTEGUI, Julio, *La Historia vivida. Sobre la historia del presente*, Alianza, Alianza, 2004.
- ⁶ ÁLVAREZ JUNCO, José y PÉREZ LEDESMA, Manuel, «Historia del movimiento obrero ¿una segunda ruptura?», en *Revista de Occidente*, núm. 12, 1982, pp. 19-42.
- ⁷ PÉREZ LEDESMA, Manuel, *El obrero consciente*, Alianza Editorial, Madrid, 1987.
- ⁸ GARRIDO CABALLERO, Magdalena, *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*. Tesis doctoral, Universidad de Murcia, 2006.
- ⁹ María Alicia Alted Vigil, catedrática de la UNED, cuya línea de investigación trata sobre los Movimientos migratorios, refugiados políticos, población desplazada y ayuda humanitaria en el siglo XX.

